

LA CRÓNICA MÉDICA

AÑO XXVI.

LIVIA, 30 DE JUNIO DE 1909

Nº 492



† Dr. Manuel O. Tamayo

Dos meses han pasado desde que perdimos á nuestro querido amigo y colaborador, Dr. Manuel O. Tamayo, pero las dificultades que hemos tenido para reunir sus datos biográficos han retardado la salida de este número, el cual dedicamos á su memoria. Modesto, pero muy sincero tributo de recuerdo y cariño. (1)

“La desaparición de Tamayo es una pérdida nacional” han dicho los diarios al ocuparse de tan triste acontecimiento. ¿Qué dirá *La Crónica Médica* á la cual dedicó una buena parte de sus brillantes trabajos, y á la que siempre con decisión cariñosa, brindándoles los óptimos frutos de su incansable esfuerzo, trató de ayudar? No puede sino, recoger el eco dolorido de las frases que el pesar ha puesto en boca de algunos de sus mejores amigos é insertar en sus columnas, junto con las notas biográficas, los discursos que fueron pronunciados al acompañar sus restos. Decir una palabra que sintetice la parte que le corresponde en este duelo y mostrar á los suyos la respetuosa y profunda simpatía con que el sentimiento nos liga á ellos.

Y tú, querido amigo, ve desde la región en que habitas cómo tu muerte es de todos sentida; que no en vano se pasa por el mundo haciendo bien y que aquellos que saben, como tú, aprovechar sus excepcionales dotes y sobreponerse al medio y á la época, si caen heridos por la muerte implacable, continúan viviendo en el corazón de sus amigos, como ejemplos dignos de imitarse, finalidades lejanas de apariencia inaccesible que evoca la memoria confundiéndolas con sueños ideales.

(1) Este número, si bien trae fecha y compaginación correspondientes á junio 30, aparece ahora, en setiembre, por las causas que se indican.

Algunos datos para la biografía del Doctor

Manuel O. Tamayo

Nació en la ciudad de Arequipa el 27 de Enero de 1878, en un hogar feliz y respetable.

Su padre, Augusto Tamayo, cuyo nombre se recordará siempre con veneración, fué uno de esos ejemplares de honradez y talento, de energía y bondad, que tan raramente cruzan el camino de la vida. Sus obras como profesional, como ingeniero, sus hechos como ciudadano, le valieron constantes aplausos mientras vivió y una grata memoria, cuando hubo sucumbido tempranamente bajo el peso de esforzado aunque ímprobo trabajo.

Su madre, Guillermina Moller, abnegada y virtuosa madre, menos feliz que su digno compañero, contempla sola el triste cuadro del hogar vacío; sola vió caer, á impulsos de violento huracán, las mieses mejor nutridas del campo que tan solícitamente cultivaba. Viuda muy temprano, sin apoyo, al frente de familia numerosa, el porvenir se levantaba ante ella, como un fantasma aterrador; pero supo afrontarlo sola, sin vacilaciones ni temores y parecía haber llegado yá á la meta de sus nobles aspiraciones, cuando la mano despiadada del destino, ha destrozado en pocas horas, la ruda y abnegada labor de tantos años.

La niñez de Manuel Tamayo, se deslizó tranquila y feliz en su suelo natal, constantemente bajo el cuidado de sus amantes padres, quienes, mirando con desconfianza las enseñanzas de la escuela, dirigían personalmente su educación. Los conocimientos que adquiría en su propia casa, eran comprobados anualmente ante el jurado oficial, rindiendo el respectivo exámen en uno de los colegios nacionales.

Brillantes pruebas durante aquella época, revelaban ya su amor al estudio y una capacidad nada común. Las raras dotes de observador profundo, ese exquisito espíritu analítico, que demostró más tarde, esbozábanse en sus juegos infantiles.

Desde 1888 hasta 1892, vivió lejos de Arequipa, en "Carangas" (Bolivia) y "Caylloma" (Perú), donde su padre atendía empresas mineras. Fué entonces que sus tendencias hacia la carrera médica, quedaron claramente definidas.

El 16 de marzo de 1893 presentó sus pruebas de ingreso á la Universidad, mereciendo grandes elogios de la prensa local y que el rector le dirigiera, por escrito, valiosas frases de aplauso y aliento.

Acababa de experimentar el más acerbo, quizá el único dolor de su vida: de esa vida, en que una suma muy grande de meritos, le procuró muchos desengaños, pero también no pocas satisfacciones: acababa de perder á su padre. La desconsoladora visión de esa familia huérfana, estimuló poderosamente sus facultades; quiso ser hombre, quiso ser útil y demostró la firmeza de sus decisiones, la fortaleza de su actividad, preparando sólidamente en pocos meses su entrada á los cláustros universitarios.

En seguida se trasladó á Lima, é ingresó á la facultad de ciencias, donde, con la misma contracción y entusiasmo que hasta

entonces había mostrado, siguió los cursos preparatorios para ser admitido en las clases de San Fernando.

Aquel año no fué propicio para los alumnos de ciencias naturales; debido á ciertas circunstancias, el jurado de exámenes se mostraba poco indulgente y entre un grupo numerosísimo de estudiantes, solo cinco ó seis lograron ser aprobados, tocando á Tamayo las más altas notas.

En 1894, cuando apenas comenzaba á salir de la niñez, pudo llamarse alumno de medicina y emprender, sin flaqueza, las pesadas labores de anfiteatro y hospital.

Lleno de amor por la ciencia, con verdaderas aptitudes para la carrera de sus afecciones, dotado de claro talento, de actividad y circunspección, le fué fácil surgir y los viejos cláustros de la facultad, resonaron constantemente con el unánime aplauso de sus maestros y condiscípulos.

¡Cuan intensa emoción se apodera del espíritu al evocar esa noble y juvenil figura, tan tempranamente destruída! ¡al escuchar, bajo el efecto de una ilusión, aquella voz que sabia comunicar á las expresiones un vigor, un colorido, una verdad extraordinarias; esa voz, cuyo timbre parecía revelar, por sí solo, el talento y el saber! ¡Al pensar en los hoy apagados destellos de ese cerebro poderoso, que ya jamás volverán á proyectarse sobre los puntos oscuros de la ciencia, tratando de arrancar sus secretos! ¡Al recordar los tesoros encerrados en ese gran corazón, que al cesar de latir, cegó un manantial fecundo de nobles sentimientos!

El espíritu se rebela ante tan injustas y crueles sentencias del destino. Amargo desaliento, profundo excepticismo invade el ánimo, al contemplar este cuadro espantoso de la muerte, escogiendo su presa entre los que con mayor valor, preparación y fuerza, pueden llegar al punto más lejano de la vida, entre los que, pudiendo prestar muchos y trascendentales servicios á la humanidad, deben vivir; entre los justos; entre los jóvenes. ¡Para que luchar! ¡Para que nutrir vigorosamente el cerebro y el corazón! ¡No se siembra la tierra que promete el derrumbe antes de la cosecha!

Manuel Tamayo ingresó á la facultad de medicina, decíamos, en 1894, cuando apenas contaba 16 años; pero ¿quién al apreciar la gravedad y certeza de sus juicios, la madurez de su criterio, la ya notable profundidad de sus conocimientos, la seriedad de todos sus actos, no habría creído distinguir en él, bien aprovechadas lecciones de una larga y severa experiencia? Solo su figura graciosa de niño, la dulce sencillez de su carácter, la pureza de sus sentimientos, la sinceridad de sus afectos, denunciaban tan corta edad.

Ese niño, cuya presencia distinguida y cuya afabilidad inspiraban la más honda simpatía; comenzó bien pronto á llamar la atención de sus profesores y compañeros, llegando á ser una figura de gran relieve.

Su paso á través de la Facultad, seguido constantemente de la consideración de los maestros y la admiración de los condiscípulos, quedará indeleblemente marcado por la luz esplendorosa de repetidos y legítimos triunfos.

Pero no solo consiguió granjearse allí consideraciones y admi-

ración, sentimientos fugaces, frecuentemente acompañados de envidia y desafecto; supo gravar hondamente en el corazón de cuantos le rodearon, otros sentimientos más duraderos: el aprecio, el cariño, que no se borrarán mientras esos corazones alienten.

Pasó de un año á otro, acáparando para sí las más altas notas, los mejores premios, las contentas de Bachiller y Doctor, dejando en todos los campos de su actividad huellas luminosas é imperecederas.

Era actividad intensa, incansable, no se contrajo á los estudios y práctica reglamentarios. Mucho antes de llegar al término de la carrera, encontrose apto para producir y desde 1898, las gacetas científicas, los diarios, han venido publicando, fuera y dentro del país, eraditos trabajos suyos.

Entre los que más honrosas menciones merecieron, mientras fué estudiante, pueden citarse:

AÑO 1898

La fagocitosis en el paludismo.

Hematología de la enfermedad de Carrión.

Sífilis—Lección dada por el profesor de Nosografía médica, Dr. Juan C. Castillo en la Facultad de Medicina de Lima; recogida por Manuel O. Tamayo.

AÑO 1899

Inoculabilidad de la verruga.

La reacción diaroica de Ehrlich.

El hongo del cáncer.

Histología patológica de la verruga nodular.

AÑO 1900

La determinación voluntaria del sexo.

El alcoholismo. (Trabajo premiado en concurso por el H. Consejo Provincial).

El hígado y las toxinas.

Una vez más sobre el alcoholismo.

El 27 de mayo de 1899, recibió su diploma como interno de los hospitales, después de brillantes pruebas, que le valieron ser considerado con el número 1.

Cuatro meses después se graduaba de Bachiller en medicina, sustentando, con lucimiento extraordinario, una importantísima tesis, que tituló: "Histología patológica de la verruga nodular."

Durante sus últimos años de estudiante, desempeñó los puestos de preparador en el laboratorio de toxicología y profesor de Higiene é Historia natural en la Escuela Naval.

En 1901, se realizó por fin, el más grato ensueño de su adolescencia, recibiendo el diploma de médico y cirujano, otorgado con fecha 9 de Febrero.

Menos de un mes necesitó para preparar los cinco grandes exámenes doctorales, resultando en todos "sobresaliente por unanimidad."

A los 23 años, se encontraba, pues, expedito para ejercer esa difícil profesión, que pocos llegan á coronar, apartando un bagaje tan completo de conocimientos, una conciencia tan profunda de su verdadero rol.

Su sed de saber, sin embargo, no podía estar satisfecha. El vuelo de su espíritu superior le impulsaba á buscar en centros más avanzados, los medios de resolver infinitos problemas que ese espíritu le sugería. Su talento investigador, sus aspiraciones elevadas, no cabían entre el pequeño marco de la rutina.

Así, se dirigió á Europa el 6 de Abril de 1901, buscando nuevos horizontes para sus nobles ideales y llevando una comisión del Supremo Gobierno relativa al estudio de útiles temas científicos. Tenía además el carácter de adjunto á la legación del Perú en Francia y, posteriormente, el de secretario de 2a. clase en la de Alemania.

Las fuertes seducciones del viejo mundo, no pudieron disminuir un solo instante esa maravillosa actividad, aplicada siempre al trabajo y al estudio; explicándose así el que su relativamente corta permanencia en el extranjero, fuera tan fecunda.

Recorrió las más famosas clínicas europeas, siguió cursos especiales; adquiriendo conocimientos perfectos, sobre todo en cuanto se refiere á Bacteriología, Cirugía general y enfermedades de niños.

Escuchando las lecciones, siguiendo las prácticas de eminentes maestros, contando con un poderoso espíritu de asimilación, con dotes excepcionales de contracción y talento, llegó á nutrir su cerebro hasta un grado poco común en las generaciones actuales.

Además de asistir asiduamente á las clases de la Facultad de Medicina de París, siguió en el célebre "Instituto Pasteur" un curso especial de Bacteriología, con los profesores Roux, Metchnikoff, Borrel y Laverán, tomando lecciones extra del Dr. Weimberg. En el laboratorio del Sena, estudió Toxicología con el Dr. Ogier. En el hospital Bousicant, Anatomía Patológica, al lado del eminente Histólogo Letulle. Cirugía con Tuffier.

Pocas semanas antes de su muerte, recibió el honroso certificado que copiamos y que solicitó con motivo de su oposición á la cátedra de Anatomía Patológica en la Facultad de Lima.

Institut Pasteur—25 rue Dutat.

Paris, le 23 Mai 1909.

Mon cher Tamayo: Voici le certificat que vous m'avez demandé. Je souhaite qu'il vous soit utile.

Vous avez beaucoup travaillé et j'espère que vous sortirez vainqueur de votre concours.

Bien votre,

Je soussigné, M. Weimberg, de l'institut Pasteur de Paris, certifie que le Dr. Tamayo (de Lima) á travaillé sous ma direction pendant l'année 1901 au laboratoire d'anatomie pathologique de M. le Professeur Letulle.

M. Tamayo s'est surtout attaché aux recherches d'anatomie pathologique générale. Il á travaillé beaucoup et fait des études

personnelles intéressantes. Son travail sur les lésions toxiques du sein au cours de la tuberculose a été complètement terminé au laboratoire de M. Letulle: Ce travail a été tres apprécié par les savants competents et a montre que M. Tamayo est capable de fournir une excellente carrière scientifique.

Dr. M. Weimberg.

En el Instituto de Higiene de Berlín, siguió cursos de Bacteriología é higiene con los profesores Wasielewchy y Tücker. En la clínica del Dr. Olzhausen, cirugía general. En el hospital urbano, con el profesor Benda, diagnóstico anatómico-patológico.

En el Instituto Pasteur de Lille, con el profesor Calmette, seroterapia antivenenosa.

En Roma, paludismo, con los profesores Grassi y Celli.

Presentó á la sociedad anatómica de Paris, un sabio trabajo sobre "las lesiones renales no bacilares de la tuberculosis, que determinó el alto honor de su ingreso como miembro correspondiente, á esa docta asociación, el 14 de marzo de 1902."

La Facultad Médica de París le otorgó con fecha 20 de marzo de 1903 un honroso certificado de trabajos prácticos sobre medicina operatoria.

Su labor en Alemania, no había sido menos activa y provechosa, obteniendo un diploma de la Real universidad de Federico Guillermo, extendido el 9 de mayo de 1902.

Durante su gira por el continente, tuvo la íntima satisfacción de ver citado repetidas veces su nombre, en importantes obras médicas, á propósito de estudios hechos cuando era simple alumno de medicina. Entre esas obras tenemos presentes las de Nicolle y Tomas, profesores de Lyon.

En 1902 le fué encomendada la delegación del Perú ante el congreso médico internacional de Madrid, y ante el congreso internacional de la tuberculosis en Berlín.

Muchos fueron los trabajos, que, principalmente en forma de "correspondencias" á los diarios, remitió á su patria desde el extranjero.

Recordamos entre ellos:

AÑO 1901

La trasmisión al hombre, de la tuberculosis bovina.

La lucha antialcohólica en Francia.

La insuficiencia hepática.

Las reacciones citolíticas.

El alcoholismo.

El problema de la pavimentación.

AÑO 1902

Lesiones renales no bacilares de la tuberculosis.

El congreso obstétrico de Roma.

El congreso británico de la tuberculosis.

La enseñanza médica moderna.

En julio de 1903, pisaba nuevamente las playas del Perú, trayendo muchos conocimientos, muchas nobles ambiciones, mucha fé, muchas esperanzas.

Completamente entregado al estudio hasta entonces, conocía poco de las mezquinas luchas por la existencia, que para él debían ser encarnizadas, puesto que un grande y positivo valer, había sembrado ya en su camino, muchas semillas de emulación y envidia.

Pero los obstáculos no eran el medio de abatir ese gran carácter, que, por el contrario, crecía con ellos.

Se lanzó, pues, animoso, en busca de nuevos y más grandes triunfos.

Apenas llegado aceptó los cargos de jefe de clínica médica en el hospital "Dos de Mayo" y de clínica quirúrgica en el de "Santa Ana," el de subdirector del Instituto Municipal de Higiene, reencargándose de sus clases en la Escuela naval.

El 29 de setiembre de 1902 se graduó de Doctor en medicina, sustentando una tesis brillante sobre "La policía sanitaria Internacional."

Hacia aquella época presentó al Supremo Gobierno un luminoso informe relativo á los temas que se le encomendó estudiar en Europa. Parte de ese informe, sobre "Estaciones Sanitarias," se reprodujo, con grandes encomios en un artículo publicado por "El Ferrocarril" de Santiago.

Con fecha 14 de diciembre, fué nombrado jefe interino del Instituto de Vacuna y Seroterapia.

Durante los comienzos del año 1904, se presentaron numerosos casos de peste bubónica en la provincia de Pacasmayo y hacia el mes de febrero había adquirido el flajelo un incremento tal, que resolvió el Supremo Gobierno enviar á combatirlo, un facultativo de competencia ejecutoriada. Fué designado el Dr. Tamayo—su brillante y eficaz actuación allí, es de muy pocos ignorada.

Para el logro de sus nobles ambiciones, era también preciso el grado de Dr. en Ciencias Naturales, grado que alcanzó el 3 de octubre de 1904, versando su tesis, sustentada, con la erudición de costumbre sobre la "Dermatobia Noxialis".

Se había graduado de Bachiller el 26 de julio anterior, presentando un trabajo que tituló "Una nueva manifestación de Física—Los rayos N. de Blondlot".

El 19 de noviembre de 1904, experimentó una de las más legítimas satisfacciones entre las que tenía derecho á esperar, recibiendo su nombramiento como jefe de la sección bacteriológica en el Instituto Municipal de Higiene.

Verdadera predilección le inclinaba hacia esta rama de la ciencia, tan poco explorada y ofreciendo, por lo mismo, vastos horizontes á su espíritu emprendedor.

Sintióse, pues, sumamente halagado al frente de un puesto que le permitiría consagrar buena parte del tiempo á sus estudios favoritos y ensancharía el campo de sus iniciativas.

Su diaria labor en el Instituto de Higiene, constituyó hasta el fin de sus días quizás la más grata ocupación.

Oprime el alma dolorosamente el recordar la fe, el ardor, con que ese joven sabio trabajaba en la resolución de múltiples y varia-

dos problemas, esperando al fin de sus desvelos, la gloria de haber impulsado la ciencia un poco más allá.

¡Cuánto podía ofrecer para mañana quien tanto rindió hasta hoy, lejos aun de alcanzar el desarrollo de todas sus energías, de todo su vigor!

No sólo se ha llevado á-la tumba, el ramillete fresco y perfumado de sus ilusiones juveniles; han muerto con él hermosas esperanzas para la ciencia y para la patria.

¡Tanta nobleza, tanta fe, tanto amor, tan rara inteligencia, tanta sabiduría, tantas y tan hermosas dotes, hundidas prematuramente en el negro polvo de la nada!

Es esto tan injusto, tan torpe, tan cruel, que á pesar de los larguísimos días transcurridos, el espíritu se resiste á aceptar la espantosa realidad.

No dejaremos que el dolor rebose en estos momentos, destinados solo á sumar algunos datos, á los que concarriosa y diestramano, se han dado á la prensa, enalteciendo la memoria de Manuel Tamayo; pero es imposible impedir que, al recordar sus virtudes y sus obras, la pluma se moje en lágrimas.

No está al alcance de nuestras pobres facultades el trazar su biografía.

El hondo afecto que llena nuestro pecho, la religiosa veneración á su memoria, no bastan para analizar las sutilezas de este espíritu refinado, ni la grandeza de ese sublime corazón.

Otros, con mejores dotes, pero no más amorosos ni más atribulados, tomarán sobre sí la hermosa aunque triste y difícil tarea de dar expresión al desarrollo de esa útil vida, llena de enseñanzas que seguir, de ejemplos que imitar, de acciones que bendecir.

La corta permanencia de Manuel Tamayo sobre la tierra, es un modelo que debe ponerse á la vista de las nuevas generaciones, como exponente de actividad, de amor al trabajo, de honradez y energía.

Pero no solo su actuación como profesional, como ciudadano, como elemento social, deja ejemplos que imitar. Más hermosos quizás son los que, con viva luz, resplandecen en el fondo de su hogar, hoy enlutado y frío. Amante y sumiso hijo, abnegado hermano; era el orgullo, la alegría, la dicha de los suyos.....

Una vez á cargo del Instituto Bacteriológico, su actividad para dar honra y lustre á ese establecimiento, no disminuyó un instante.

Numerosos estudios sobre higiene, la aclimatación de sueros y virus profilácticos, pusieron muy alto su fama, la del instituto y la del país.

Entre la serie larguísima de trabajos que dió á la luz pública desde 1903, hasta su muerte, podemos consignar los siguientes:

AÑO 1903

La Policía Sanitaria Internacional.

AÑO 1904

La Dermatobia Cianovenstris.
El agua potable de Lima. Métodos empleados para su análisis bacteriológico.
Una nueva manifestación de la Física.
Los rayos X de Blondlot.
La Dermatobia noxialis.
Profilaxia de la peste.

AÑO 1905

Análisis bacteriológico. Agua de los pozos artesianos del Callao.
Algunas consideraciones sobre la bacteriología de la Vacuna Jenneriana.
La rabia experimental en la llama.
La tuberculina.
El Hemoliso diagnóstico en la fiebre de Carrión (Tamayo y Gastiaturú).
Apuntes sobre la bacteriología de la enfermedad de Carrión.
Un caso de Neumonía pestosa.

AÑO 1906

Cremación y utilización de las basuras de Lima (Tamayo y Mostajo).
Un nuevo caso de Psicastenia.
Un ensayo de vacunación contra Tifosimilis de la verruga febril.
Proyecto para el nuevo hospital de mujeres de Lima (Tamayo y Paulet).
Un nuevo caso de verruga con nodulomas supurados.
El diagnóstico histológico de la rabia (Tamayo y Rebagliati).

AÑO 1907

Profilaxia antituberculosa en el ganado vacuno.
Informe elevado á la Inspección de Higiene.
La enseñanza de la biología en la Universidad.

AÑO 1908

La laguna de Huacachina (Informe á la sociedad Geográfica) Tamayo y García).
Las nefritis escabieicas. Trabajo presentado al IV. Congreso científico.—Pan Americano.
La Uta en el Perú.
El 12 de junio de 1905. fué nombrado médico auxiliar en expectativa del hospital Dos de Mayo.

El 31 de Diciembre de 1906, se le eligió médico titular por concurso, de un nuevo servicio creado en el hospital de "Santa Ana".

Ampliamente se ocupó la prensa de las pruebas realizadas con motivo de este concurso, que constituyó otro brillante triunfo para Tamayo, cuya prueba oral fué calificada por el Dr. Vásquez de Velasco, miembro del jurado, como "sabia lección clínica."

El éxito de esta campaña, significaba otra de las grandes satisfacciones para el Dr. Tamayo, quien siempre ambicionó tener á su cargo el servicio de Pediatría, especialidad estudiada con tantos desvelos en los establecimientos europeos.

En 1907, reingresó á los claustros universitarios, como alumno de ciencias políticas y administrativas, no satisfecho aún con sus numerosos títulos académicos.

Esa actividad maravillosa, esa inteligencia dúctil y fecunda, invadía todos los campos del saber.

A fines de 1908, la Sociedad Geográfica de Lima, de la que era distinguido miembro y la Universidad de Arequipa, le confiaron su representación ante el IV congreso científico Panamericano, que debía reunirse en Santiago de Chile.

Presentó á ese congreso dos importantísimos trabajos, mereciendo ambos calurosos elogios: "La uta en el Perú" y "Las Albuminurias y Nefritis escabísticas".

Sus talentos y su cultura exquisita, le hicieron desempeñar allí un brillante papel, dejando admirar el alto progreso de las instituciones científicas peruanas.

Están muy frescas aun las incidencias de esa comisión y las encomiásticas apreciaciones que la prensa hizo respecto á la forma en que Manuel Tamayo supo desempeñarla.

Terminado el congreso, pasó á la República Argentina, donde fué recibido con el afecto y consideraciones que su incuestionable valer merecía.

En viaje á Lima, como si un presentimiento de su próximo fin le impulsara, quiso visitar el querido suelo natal, que no había vuelto á ver desde su ingreso á la Universidad.

Durante su corta y gratísima permanencia en Arequipa, dió importantes conferencias, de los que honrosamente para él, dieron cuenta los diarios de aquella ciudad.

Nuevamente en Lima, continuó lleno de fé su agitada vida de esfuerzo y trabajo, sus caros estudios volvieron á ocupar el lugar preferido en la metódica distribución de su tiempo y se preparaba activamente para disputar, con grandes probabilidades de éxito la cátedra de Anatomía Patológica, sometida á concurso por la Facultad de Medicina, cuando vino á sorprenderlo la muerte, en pleno vigor, lleno de juventud, de fuerza y esperanzas, teniendo ante sí un porvenir brillante, debiendo prestar aun grandes beneficios á la humanidad, servicios á la ciencia y á su patria.

El mal que lo llevó á la tumba, llegó con la violencia é imprevisión de los grandes cataclismos.

Ese organismo, fuerte, vigoroso, sano, que podía resistir, sin fatiga, los más grandes esfuerzos, que jamás había ofrecido el más ligero síntoma de daño ó debilidad, parecía destinado á sobrepasar los últimos límites de la vida.

El 17 de junio, en la noche, se presentaron los primeros síntomas de la enfermedad, síntomas que le fué preciso descuidar por haber sido llamado á la cabecera de un enfermo.

Concurrió, como de costumbre, el 12 á su servicio hospitalario; pero intensos dolores no le permitieron dejar yá el lecho durante el resto del día.

El 13, no obstante su profundo malestar y los ruegos de su familia, obedeciendo á la voz de sus nobles sentimientos y al altísimo concepto que del deber tenía, acudió á la llamada de otro enfermo, aplicándose antes una inyección de morfina, para acallar los punzantes dolores que le atormentaban.

Esa misma tarde, un intenso calofrío, vino á presagiar la gravedad de la dolencia.

El 14, estalló el mal con toda su traidora violencia.

Cruels padecimientos torturaban al enfermo, quien los soportaba con admirable resignación. En medio de agudísimos dolores y mortal angustia, tenía entereza bastante para escribir á su madre, rogándola que no dejara sus habitaciones, donde la retenía una indisposición. "¿Es posible—la decía—que te inquiete así este insignificante y pasajero dolor?"

Pero su certero juicio clínico no podía engañarse y cuando tan consoladoras palabras escribió, tenía yá la conciencia de inminente peligro.

Entre congojas y esperanzas, trascurrieron los días 15, 16 y 17.

La segunda consulta del 18, verificada en la tarde, entre gran número de facultativos, resolvió una intervención quirúrgica.

Con serena lucidez argumentó el enfermo, ante los miembros de la consulta, contra la oportunidad de esa intervención; pero al anochecer se sometía, accediendo á las súplicas de sus allegados.

Sea—dijo—aunque tengo el convencimiento de que ella no há de salvarme.

Lleno de sublime tranquilidad, dictó sus últimas disposiciones y aceptó solícito los consuelos religiosos.

Su camilla fué transportada en triste y solemne procesión hasta el hospital Italiano.

Muchas y cariñosas manos se disputaban el consuelo de conducir, lo más blandamente posible, el abatido cuerpo y esta postrera manifestación pública de afecto, debió conmover hondamente aquel noble espíritu.

Durante el penoso é interminable trayecto, llamaba uno á uno, á sus cariñosos amigos, para dirigirles frases de gratitud y afecto.

Dominando sus padecimientos, encontraba todavía expresiones de buen humor, á fin de moderar la dolorosa impresión que embargaba los ánimos.

La intervención parecía haber tenido éxito y un rayo de esperanza brilló después de aquella oscura y espantosa noche.

Una atmósfera de optimismo rodeaba al enfermo cuando lució el sol del 19; pero él habló, una vez desvanecida la acción del cloroformo y pidiendo dulcemente que disminuyeran sus dolores, empleando morfina, dijo: "me siento muy mal. Se acabó. Esta enfermedad trae ordinariamente una muerte dulce. Moriré en medio de una frase".

En vano trataban de convencerle de una mejoría, que quizá engañó á los demás; pero que él no experimentaba.

Con perfecta serenidad y con lucidez asombrosa, enumeraba los síntomas y deducía las fatales consecuencias.

Su voz tranquila y llena, iba marcando los estragos horribles del mal, contaba las pulsaciones, medía la temperatura, observaba los períodos de la respiración y así, conscientemente, con la inteligencia despierta veía llegar la muerte, sin debilidades ni quejas.

Todas esas ilusiones, que su fantasía adornó con brillantes ropajes, todos esos afectos que tan dulcemente anidaran en su corazón, debían taladrarle el cerebro y destrozarle el alma; pero quería morir como había vivido: animoso y altivo, fuerte y bravo.

Incomensurable, infinito debía ser el dolor de esa alma poética y sublime sintiendo romperse los lazos que á otra alma gemela lo unían sobre la tierra.

El recuerdo de su abnegada madre, guía y sostén de esa gloriosa vida; de sus hermanas, evocación querida de la infancia, bañaba ese corazón en corrosivas lágrimas, lágrimas que él no dejaba llegar hasta los ojos.

Ni los punzantes dolores físicos, ni la ruína de hermosas esperanzas, ni la espantosa lucha con la muerte, llegaron á doblegar esa energía de diamante.

Con la luz del 19 se fué el último átomo de esperanza.

Manuel Tamayo, moribundo ya, pedía que su familia rodeara el lecho de muerte; pedía que las manos cariñosas de sus hermanas, acercaran á sus labios, sin color, las postreras é inútiles medicinas; que, como en los primeros días de su mortal dolencia, mitigaran su sed ardiente con sorbos de helado y gotas de té.

Su voz, todavía vibrante y serena, resonó mucho tiempo. Habló larga, tierna, emocionadamente con los suyos, despidiéndose con frases de consuelo y de esperanza.

Estrechó, agradecido, la mano de sus médicos, repitió fervoroso las plegarias religiosas y fijando por última vez sus apagados ojos, sobre los rostros queridos, los apartó de este pequeño mundo, para dirigirlos hacia los espacios infinitos, donde quizá en esos supremos instantes vislumbró el premio que no pudiera recoger en la tierra.

Los restos del Dr. Manuel O. Tamayo

A una pública manifestación de condolencia ha dado lugar el día de hoy, 21 de junio, dice "El Comercio", el sepelio del doctor Manuel O. Tamayo, joven médico de cuyo sensible fallecimiento dimos cuenta á nuestros lectores.

La capilla ardiente levantada en el Hospital Italiano y donde en elegante ataúd se encontraban los restos del doctor Tamayo, ha sido visitada ayer y en la mañana de hoy por un selecto y numeroso público, que iba á rendir el postrer homenaje de su cariño y respeto al distinguido facultativo que en tan temprana edad ha

caído entre los buenos, pagando así el inexorable tributo de la naturaleza.

Desde minutos antes de la hora fijada para el sepelio, comenzó á llegar al Hospital Italiano, un selecto concurso de catedráticos y alumnos de las distintas facultades con sus respectivos decanos, miembros de los distintos centros científicos, el doctor Villanueva, presidente del consejo de ministros; el doctor David Matto, ministro de fomento y catedrático de la facultad de medicina, el alcalde de Lima señor Billinghamurst y numerosos amigos del extinto.

Igualmente habían concurrido en formación, con su respectivo uniforme los alumnos de la escuela de artes y oficios, de la que el doctor Tamayo era profesor.

Estos alumnos se hallaban al mando del capitán Carlos R. Echazu y del teniente Reinaldo Murguía y llevaban cinco coronas; del director de fomento; del director de la escuela, señor Panlet, y de los profesores, alumnos y empleados del establecimiento.

Durante la mañana se dijo en la capilla donde reposaban los restos tres misas, por el padre Gaspar Tobía, de la compañía de Jesús; el padre Munar y un sacerdote de la Buenamuerte.

A las 10 y 30 a. m. fué levantado el ataúd para trasladarlo al carro fúnebre que aguardaba en la puerta, tomando en este acto las cintas los siguientes señores: Rafael Villanueva, presidente del consejo de ministros; doctor David Matto, ministro de fomento y catedrático de la facultad de medicina; doctor Manuel C. Barrios, decano de la misma facultad, señor Antero Aspíllaga, señor Billinghamurst, alcalde de Lima, y contralmirante Melitón Carbajal.

Una vez colocado el ataúd en el carro mortuario, partió el cortejo al cementerio, en el orden siguiente.

Carroza de primera clase.

Alumnos de la escuela de artes y oficios conduciendo las coronas mencionadas.

Seis coches descubiertos con los aparatos florales.

Coche particular con el señor Augusto Tamayo, que arrastraba el duelo y los parientes cercanos del extinto, señores Alberto Vargas Moller, Juan Aguilar y Luis Gómez de La Torre.

Gran número de coches particulares y casi todos los de plaza existentes en Lima.

En el cementerio tomaron las cintas los señores: Javier Prado y Ugarteche, Rafael Villanueva, mayor Gómez, en representación del ministro de la guerra, doctor Augusto Pérez Aranibar y doctor Eleodoro Romero.

Antes de inhumarse el cadáver el doctor Carlos Alberto García, en nombre del Instituto municipal de higiene, pronunció el siguiente discurso:

Señores:

La muerte del doctor Manuel O. Tamayo es un acontecimiento tan inesperado, tan triste, tan doloroso, que no hay verdaderamente palabras como expresar su significación. Colmado de todos los dones con que la naturaleza quiso privilegiarlo, apenas comenzaba á aprovechar los frutos de su bondad, de su talento y de su

ciencia desaparece, bruscamente, de la vida en la que ¡tanto más! había que esperar de él. Porque, aún cuando su prestigio como hombre de ciencia y su papel de ciudadano útil á la patria se imponían ya, poseía tal suma de energías en su espíritu, que, al ensancharse el campo de su actividad, su producción debía ser más y más fecunda, más amplia y más intensamente perfeccionada.

Para formarse una idea de la labor de Tamayo, y deducir de allí lo que pudo hacer después, basta recordar algunas de las diferentes cuestiones científicas que estudió y publicó, comunicándole á todas ellas el sello de su brillante inteligencia y de una solidez de criterio, que lo colocaron en primera fila entre el número de nuestros escritores científicos: Histología patológica de la verruga peruana.—Estudios sobre el parásito del cáncer.—Organización de la policía sanitaria.—Lesiones renales de tuberculosis (observadas en París en la clínica del profesor Letulle).—Estudios sobre el cólera, practicados en Berlín.—Proyecto de hospital de mujeres.—Estudios sobre la etiología de la verruga peruana.—Estudios sobre la "uta peruana."—Estudios bacteriológicos del agua de distintas localidades de la república.—Estudio sobre la cremación de basuras.—Sobre la etiología de la fiebre tifoidea.—Sobre el alcoholismo.—Estudio sobre la dermatobia cianovenstris.—Estudio de las aguas de Huacachina.—Estudio de las nefritis escabecicas, etc., etc.

Todo esto después de haber dejado á su paso por los claustros de nuestra escuela de medicina la huella imborrable de su amor al trabajo, su desvelo por el cumplimiento del deber, su entusiasmo por la ciencia y sus excepcionales facultades de clínico é investigador, que le merecieron siempre la consideración y el cariño de sus maestros.

Y no sólo entre nosotros, sino también en los centros científicos europeos, donde fué enviado por el supremo gobierno á perfeccionar sus estudios, llegó á ocupar el sitio de discípulo predilecto de grandes maestros como Letulle y Ogier; prestigiando así á nuestro país en el extranjero en esta época, como tuvo ocasión de hacerlo tan brillantemente el año pasado en el Congreso científico panamericano representando á la Sociedad Geográfica de Lima.

En el Instituto municipal de higiene, campo preterido de su actividad—en cuyo nombre hablo—la labor de Tamayo ha sido tan activa, tan tenaz, tan fecunda que su recuerdo ha de ser imborrable para los que hemos compartido con él tanto tiempo las penas y los halagos de las faenas en pro de la higiene de nuestra localidad. Los trabajos científicos ya mencionados son en su mayor parte el exponente de sus desvelos en nuestros laboratorios.

Luchador infatigable, espíritu abierto á todas las idealidades, razonador tranquilo de juicio rapidísimo y seguro, carácter de hierro con afectos de niño. Manuel Tamayo poseía el dón de cautivar á todos los que se le acercaban. Y así se explica que llegara á ser no sólo el ídolo de los suyos, de los que forman el digno hogar que hoy queda huérfano con su desaparición; sino de otra familia: la de los que unidos por el vínculo del trabajo común llegamos á poder aquilatar toda la grandeza de su alma.....y que ahora, poseídos de la más inmensa tristeza, venimos á presentarle el homenaje de nuestra profunda amstad y á regar con nuestras lágrimas su lecho de muerte.

¡Paz en la tumba del sabio amigo y leal compañero!

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

El señor Pedro E. Paulet, director de la escuela de artes y oficios, pronunció en su nombre el discurso que sigue:

Señores:

La escuela de artes y oficios que ha contado al doctor Manuel O. Tamayo como su generoso médico y distinguido profesor debe asociarse á la presente manifestación de duelo público.

Pero ante estos restos queridos, en este triste recinto de la muerte, en medio de la extraordinaria concurrencia que ha afluído de todas nuestras instituciones y esferas sociales no sólo siento mis deberes de director de ese plantel sino mis vivos recuerdos de amigo de infancia y antes que todo mis sentimientos de ciudadano y de compañero en la diaria labor.

El primer capítulo de la biografía de Manuel O. Tamayo, el que se ocupa de su niñez en Arequipa y región del sur no es menos ameno ni resaltante que el de su actuación posterior por todos celebrada.

Benjamín de una ilustre familia que perdió injustamente su fortuna, huérfano de padre en su edad temprana, brotado á la vida en un medio donde la guerra nacional no había dejado sino escombros y fracasados, Manuel Tamayo debió instruirse casi solo, sin más aliciente que su optimismo, sin más guía, verdad que guía incomparable, que la de su benemérita madre, émula de los Gracos. Y así Manuel Tamayo, que no ha sido alumno de ninguna escuela ni colegio, logró ingresar á la universidad, el primero, de sus filas, el primero, como después, como siempre.

Otro capítulo que me toca evocar es el de la actuación de Tamayo en Europa, durante los dos años que tuve la suerte de ser su compañero en la vida de estudiante, de bebedor incansable de enseñanza. El iba á perfeccionarse en su noble profesión; pero ante todo era el explorador que atesoraba frutos seleccionados para sembrarlos y aclimatarlos en su país, en bien de todos. Y que allí pensó especialmente en su patria, lo prueba su enorme trabajo é incansables investigaciones sobre la construcción de hospitales, porque él pensaba y decía que el hospital es la casa social de más urgencia en una democracia.

En el Perú, Manuel Tamayo ha sido el astro de primera magnitud en cada constelación, en cada nebulosa donde se presentaba; ha crecido legítimamente á la faz de todos por su propia energía; ha vivido como la luz de un faro que va más allá del estrecho horizonte; ha triunfado creciendo—no deprimiendo. Fué uno de los más preclaros campeones de esa nueva generación que no declama pero que trabaja; fué un "hombre de acción," de aquellos que dejan su ruta trazada no por ecos sino por obras palpitantes; y maestro, publicista, sabio con esa actividad superior que, como quería Alejandro de Humboldt no está satisfecha sino emprendiendo tres cosas al mismo tiempo, subió precozmente á los más altos peldaños, porque al verlo iluminado por el altruismo, todos le tendían la mano y porque lo impulsaba el gran motor, un ideal sentimental.

Del altruismo de Manuel Tamayo podemos hablar en especial los que pertenecemos á la escuela de artes y oficios donde en el diario ejercicio de la medicina y la cirugía y en los cursos de biología y de higiene, él enseñaba á sus alumnos el desprecio al dolor físico, el

peligro del alcoholismo, de la rutina y de tanta calamidad que amenaza a la clase obrera, el cumplimiento del deber por el placer de cumplirlo, y el remedio pronto en los penosos accidentes del trabajo. Por eso los alumnos veían en él un salvador, el amigo que se debe respetar tanto como querer, cuyos fallos no se debían discutir; pues los dictaba la ciencia y la moral por la voz del maestro.

Hoy casi súbitamente Manuel Tamayo ha muerto; el astro de primera magnitud se ha extinguido para siempre y la voz del maestro querido no es sino un eco que se pierde; no quedándonos sino despedir estos despojos cubiertos por el manto de todas las flores de Lima, regadas por última vez por las lágrimas sinceras de innumerables corazones que se sienten abandonados, y al verlo segado tan joven, tan activo y tan primaveral, no parece natural el desastre, sentimos lo ilógico y lo cruel del ceñudo destino, ante el que no podemos sino inclinarnos bajo el peso del más desalentador de los pesimismo.

Pero no, querido amigo y maestro!, no tenemos el derecho de volvernos pesimistas, ni aún al verte caído en la arena tan joven, tan noble, tan necesario, porque tu ejemplo está ahí que nos habla de luchar, de producir y de no desmayar aunque no haya triunfo, aunque no exista estímulo, porque en esas células del organismo nacional, debemos estimar nuestro deber social que más nuestra vida.

Descansa en paz, ilustre doctor Manuel O. Tamayo!, dejas un enorme vacío, pero ahí colocaremos tu imagen para tenerte siempre presente, porque muy cruel, demasiado desalentador sería que los que te conocimos no te creyéramos siempre presente en nuestra falange como lo estarás seguramente en la memoria nacional, que va más allá de nuestras presentes generaciones.

El señor Juan Bautista de Lavalle, presidente del Centro Universitario, á nombre de éste y de sus discípulos de la Facultad de Ciencias Políticas, pronunció á continuación el siguiente discurso.

Condíscipulo amado:

Pocas veces un dolor más íntimo y lleno de desconsuelo ha afligido tanto los buenos corazones y los espíritus honrados y amplios, pocas veces tantas manos puras, amigas, agradecidas, tejieron doliente una corona funeraria, como la que te ofrecemos hoy, en día otoñal y sombrío; ¡oh inolvidable y buen compañero! A esta corona de todos en la que hay mustias ramas de laurel, envueltas en girones de dolor y de pesadumbre, vengo á añadir, lleno de tristeza, una nueva flor á nombre de las almas jóvenes. Tristeza y mucha es tener que adornar una sepultura cuando el hondo deseo hubiera sido agitar una corona triunfal.

Las vidas valen no por lo largas, sino por lo buenas y fecundas. Y la tuya lo fué, joven é incansable luchador de la ciencia. Fuiste celoso devoto de la religión del trabajo y del espíritu, practicaste amorosamente tu ciencia y has sembrado la buena semilla que no se perderá. Viviste la alta existencia del sentimiento y del corazón, como hijo modelo, como intachable y afectuoso amigo. Tu vida primaveral y pura fué un éxito intenso de rara energía espiritual desplegada en hospitales, laboratorios, estudios y

lecciones. La muerte te ha sorprendido en plena obra, en momentos en que te preparabas ardentemente para un nuevo torneo del saber al que te acompañaban todas nuestras simpatías y al que te llevaban incontestables y evidentes títulos. Y esas luchas á las que te arrastraba tu alma entusiasta y ardiente tienen su heroísmo. Fueron luchas activas contra sus mezquinos prejuicios que quieren enredar siempre en la tierra á los que tienen alas.

Una consoladora serenidad rodea esta nueva tumba, la dulce y armoniosa serenidad de aquel para quien se abre la serena grandeza de las santas vidas útiles, de las vidas buenas consagradas al culto de la verdad y del bien, de esas vidas, que como la tuya, amigo muy amado, consuelan de la enorme mediocridad humana; vida dedicada al alivio del dolor, á la santificación del hogar á esos tus predilectos estudios de laboratorio de las formas elementales de la naturaleza, que eran verdaderos viajes luminosos á la gran noche de lo infinitamente pequeño, á los últimos abismos del sér donde nace la vida. ¿Quién sabe también si los continuos y múltiples estudios en los organismos muertos para buscar en ellos los misterios de la vida, han producido el envenenamiento de tu cuerpo debilitado por la estudiosa vigilia y el trabajo febril y persistente?

Tu obra perdurará pues, por ventura, es virtud propia de las vidas intensas y generosas, el llevar en sí un principio de imitación y de radiosa fecundidad. La buena simiente necesariamente germina. Las vidas plenas se difunden, viven y continúan en otros, en el recuerdo, en la simpatía, en el cariño, en las ideas. Si aquí termina una vida, se yergue vigoroso un magnífico ejemplo que seguir. Tu labor continuará en ese laboratorio en duelo por donde mucho tiempo vagará tu sombra laboriosa, pues has dejado y has formado espíritus hermanos que vivirán tus ideas. Y cuantos hemos sabido tu muerte serena, en que la llama de tu espíritu iluminaba tranquila ese deslizarse á lo desconocido, hacia el que vamos todos temprana ó tardíamente, recibimos piadosamente tu postrera lección de fe en el trabajo y de confianza en la ciencia. Que tu vida bella y ejemplar ilumine hermosamente en la vida los pasos de los que padecemos por el estudio y por la idea, hasta que nos encontremos, amigo queridísimo, en esas divinas regiones del saber y de la luz, hacia las que se eleva hoy tu espíritu, y donde vas á penetrar el mismo infinito terrible y seductor oculto por siempre al hombre sobre la tierra y que es sin embargo fuente eterna de toda grandeza, de toda virtud, de toda justicia, de toda esperanza.

El señor Luis Enrique Paz Soldán dijo lo siguiente, en nombre de la Sociedad Unión Fernandina y los alumnos de la facultad de medicina.

Con rapidez aterradora ha descendido al sepulcro uno de los más esforzados obreros de la medicina nacional; joven, de mentalidad vigorosa é inagotable, admirablemente decorado su corazón por las flores del sentimiento que vegetaban espontánea y abundantemente en él, Manuel O. Tamayo, ha abandonado para siempre su familia, sus amigos, la sociedad toda, que hoy lloran insolables su desaparición eterna y prematura.

Sacerdote ejemplar del templo sacrosanto de la Ciencia, su labor, grande, inmensa, queda como ciclópea construcción en que ha

de asentar su nombre, defendiéndolo de la destructora acción del tiempo y del olvido! Médico, devoto del deber, tuvo siempre por guía la verdadera caridad y sucumbe quizás si por esta devoción infinita á aliviar ajenos dolores.

Intimamente dominado por una fé sincera é inquebrantable por la ciencia, á ella consagró sus más vehementes afanes, la muerte lo sorprende en momentos en que completaba su programa de anatomía patológica, ampliísimamente concebido y en cuya ejecución el joven sabio polarizaba sus actividades todas. Este trabajo que deja incompleto le habría abierto seguramente las puertas, verdaderas columnas de Hércules, de la facultad de medicina. sueño que constantemente acariciaba, y que nosotros sus íntimos, sabíamos que esta aspiración fué fuente inagotable de sufrimiento para el joven sabio que ha desaparecido.

Una noche en que en charla íntima hablábamos sobre los trabajos que hacía y proyectaba para mercear la toga de maestro, y los recientes nombramientos de adjuntos de la facultad de medicina, recuerdo estas palabras que me dijera con no escasa amargura: "para unos qué fácil; todo lo encuentran listo; para otros qué difícil.....pero con todo lucharé". Revelación hondísima que expresaba claramente sus vivos anhelos y los sufrimientos que le impulsaban.

Amigo hondadoso y sincero, leal y noble, supo sembrar en torno suyo intenso afecto y respetuosa amistad. Pero por una ironía amarga del destino, la vida de nuestro inolvidable maestro y amigo ha sido una verdadera peregrinación en medio del dolor y del ensueño! Como hijo, como amigo, como sabio, Tamayo abrevió la copa del sufrimiento. Huérfano desde tempranísima edad, supo desde tierno llorar lágrimas quemantes, lágrimas que en sus últimos momentos lo habrán atormentado horriblemente al contemplar con sus ojos ya vidriosos á su virtuosa y santa madre, compañera dulcísima de alegrías y tristezas del joven sabio y en cuyo culto encontraba éste sus más intensos y purísimos goces.

Como amigo, recogió Tamayo no pocos odios gratuitos é ingratitudes dolorosas; pero no turbemos su reposo santo con este ingrato recuerdo seguramente expiado por las lágrimas de arrepentimiento de los que así procedieron. Por último, como sabio, sufrió el amargo suplicio de verse el blanco de odiosos y apasionados ataques que nuestro amigo utilizaba como excitantes para producir un nuevo fruto de su privilegiado talento, que afirmara aún más su renombre y su valer.

Nosotros que recibimos de Tamayo pruebas especiales de estimación, que penetramos al santuario de su intimidad, pudimos, á pesar del denso velo de su modestia, apreciar su voluntad tenaz y fuerte, su temperamento de artista científico, su talento preclaro de sabio, su corazón de soñador y de poeta, inagotable en nobleza y en amor; cualidades altamente refinadas por los dolores morales que le perseguían y que prestaban á su persona un tinte de melancolía y de dulzura; y es por esto que al darnos cuenta de su desaparición prematura y casi repentina, una poderosa contracción se apoderó de nuestro cerebro y sólo nos permite expresar nuestra tristeza infinita por la emisión de nuestras lágrimas, incoloras y amargas; primera y última idea del hombre, pura imagen de la vida, reflejo fiel de la nada!

Seguidamente el Sr. Augusto Belandier pronunció su discurso, en nombre de la Sociedad Médica Unión Peruana, que sentimos no insertarlo por falta de espacio.